



IDEAS PARA EL DEBATE

CAPITALISMO Y DEMOCRACIA, UNA PERSPECTIVA DINÁMICA





‘Capitalismo y democracia, una perspectiva dinámica’. Este fue el título de la conferencia online que ofreció, para la Fundación Ramón Areces, el politólogo Peter A. Hall. El titular de la Cátedra de Estudios Europeos de la Fundación Krupp en la Universidad de Harvard aprovechó sus primeras palabras para retitular su intervención aludiendo a una taquillera película de Hollywood. “Lo que quiero explicar aquí es cómo han cambiado las políticas económicas en los últimos 75 años en Norteamérica y Europa. Me planteo esbozar cómo se han producido todos estos cambios en Occidente, en los países desarrollados. Por eso, creo que tendría que haber titulado la conferencia ‘Misión imposible’. Como entenderán, abordar esto en 50 minutos es muy difícil”. Así, advirtió a la audiencia de que tendrían que considerar sus comentarios como una serie de “provocaciones más que una reflexión profunda sobre el tema”. Y citó al poeta francés Paul Valéry para justificarse: “Toda declaración compleja es inútil”.

Texto / C.B.

Antes de que tomara la palabra Hall, el profesor José María Beneyto había presentado a su colega en Harvard como uno de los mayores expertos en política económica. “Ha escrito extensamente sobre economía política comparada, política europea, formulación de políticas públicas, metodologías de las ciencias sociales y el papel de las instituciones y las ideas en la política. Es autor de más de cien artículos sobre estos temas y del libro ‘*Governing the Economy*’, publicado por Oxford University Press en 1986”. También recordó Beneyto que Hall es miembro correspondiente de la Academia Británica y que fue merecedor de becas en el Centro de Estudios Avanzados en Ciencias del Comportamiento de Stanford, la Wissenschaftskolleg zu Berlin, la Hanse Wissenschaftskolleg, la Universidad de Princeton, el Centro de Sociología de las Organizaciones de París, entre otras instituciones. En su carrera académica, también ha sido Decano Asociado de la Facultad de Artes y Ciencias de Harvard y Director de su Centro de Estudios Europeos. En estos momentos, está trabajando en un libro sobre cómo cambian las economías políticas, el tema sobre el que versó su conferencia en la Fundación.

“Me voy a centrar en las estrategias de crecimiento, que son las estrategias que adoptan los gobiernos para crear empleo, para favorecer la distribución equitativa, para fomentar el bienestar de la población”. Y adelantó que iba a hablar de tres etapas o momentos distintos: el periodo 1945-1970, que podemos considerar de modernización; de 1980 a 2000, cuando se produce una liberalización; y de 2000 en adelante, cuando entramos en la era de crecimiento basado en el conocimiento. Tras disculparse por no poder entrar en este caso a valorar diferencias entre países, lanzó la primera pregunta: “¿Cómo cambian esas estrategias de crecimiento a medida que pasamos de una era a otra?” Tras admitir que no hay una respuesta sencilla a esta cuestión, apuntó que



Peter A. Hall

los políticos de sistemas democráticos manejan los desafíos de formas distintas según la situación. Esas decisiones tienen importantes consecuencias que determinan las tasas de crecimiento económico y la medida en que los gobiernos pueden garantizar la prosperidad de sus ciudadanos. “Por supuesto, existen otros factores que también influyen en ello, pero la postura que toman los gobiernos con respecto a la economía es muy importante para el nivel de prosperidad que una sociedad puede asegurar”. Hall fue más allá: “Por otro lado, las estrategias de crecimiento también afectan a la forma en que los logros de ese crecimiento económico se distribuyen entre la población”. “Creo que la disminución de la desigualdad de ingresos en la posguerra y el posterior aumento de la desigualdad a partir de 1980 es algo que se ve directamente afectado por las estrategias de crecimiento que adoptan los gobiernos. Esa es la primera razón por la que creo que debemos pensar más en lo que llamo estrategias de crecimiento”. Y aportó una segunda razón por



la que Hall considera importante comprender las diferentes estrategias de crecimiento: “Los movimientos de una estrategia a otra reflejan cambios en el relativo equilibrio de poder entre el capitalismo por un lado y la democracia por el otro”. De esa forma llevó a la audiencia hasta su siguiente pregunta: “¿Cómo explicamos esos movimientos de una estrategia de crecimiento a otra?”

Cuatro enfoques analíticos

Hall reconoció que últimamente se ha escrito mucho sobre esto. “Permítanme señalar cuatro enfoques analíticos importantes para esta cuestión, sobre cómo nos movemos de una estrategia a otra. El primero podría describirse como funcionalismo económico. Aquí, la suposición básica es que las políticas que adoptan los gobiernos pueden explicarse por el carácter de los problemas económicos que enfrentan en cada momento. Esto es cierto hasta cierto punto, pero creo que también es incompleto.

Un segundo enfoque es lo que yo describiría como una especie de funcionalismo político, según el cual asume que los gobiernos democráticos deben satisfacer las necesidades del capital para abordar lo que a menudo se llama el problema de la acumulación. La idea aquí es si los gobiernos deben responder a las demandas del capital. Sus políticas pueden explicarse como esfuerzos para alcanzar ese objetivo. El tercer punto de vista aborda este problema en términos relativamente similares. Intenta explicar las políticas que adoptan los gobiernos como producto del conflicto entre los representantes organizados del trabajo por un lado y los representantes organizados del capital por el otro. Y así, las estrategias de crecimiento están impulsadas por el equilibrio de poder entre el trabajo y el capital. Y nuevamente, como verán por lo que voy a decir, creo que esto no es irrelevante, porque cada grupo representa sus intereses. Un cuarto punto de vista toma en serio este último punto, la noción de que los intereses no son simplemente dados por el mundo, sino que de alguna manera tienen que ser interpretados. También argumenta que los cambios en la política están asociados principalmente con cambios en las ideas, ideas sobre cómo debe administrarse la economía debido a cambios en la teoría económica o por cambios en los tipos de asesores que consultan los gobiernos. Y, por supuesto, las ideas importan mucho”.

Hall concluyó este punto afirmando que “las ideas son solo una parte de la Historia”. Y explicó que, tras los cambios de una estrategia de crecimiento a otra, se pueden apreciar tres condiciones. “Creo que la mejor manera de ver lo que quiero decir con esto es mirar el primer período que quiero examinar aquí, es decir, esta era de modernización en las décadas de 1950 y 1960, y considerar cómo surgió la estrategia de crecimiento que dominó esa etapa. El crecimiento económico fue particularmente rápido en este período. En este período, los go-

biernos asumieron un compromiso sin precedentes para garantizar el pleno empleo, puestos de trabajo para todos. Adoptaron políticas que implicaron niveles amplios de intervención estatal realmente sin precedentes. Ampliaron los sistemas de beneficios sociales para sentar las bases de lo que el obispo de Londres llamó en 1948 el Estado del bienestar”.

Para Hall, las políticas de esta primera era de modernización marcaron una ruptura significativa con lo que los gobiernos habían hecho en su mayor parte en las décadas anteriores a la Segunda Guerra Mundial. “¿De dónde surgió la motivación para esta ruptura? Creo que estuvo ante todo en la experiencia económica adversa. En particular, del desempleo masivo que se registró en las décadas de 1920 y 1930. Ese desempleo masivo contribuyó de manera significativa al colapso de la república de Wei-

“En las décadas de 1950 y 1960, los gobiernos asumieron un compromiso sin precedentes para garantizar el pleno empleo y adoptaron políticas muy intervencionistas”

mar, al colapso de las democracias occidentales en la Guerra Mundial y el Holocausto. Y así, se impuso el grito de posguerra en la década de 1940 de ‘nunca más’ desempleo masivo”. Hall entiende que los gobiernos europeos respondieron a ese llamamiento con medidas radicales para modernizar sus economías. Recordó también este profesor de Harvard cómo Europa se vio en una situación de desventaja frente a “un coloso estadounidense que había salido de la Segunda Guerra Mundial en gran parte ileso”. “Europa encaró su desafío competitivo más dramático. Creo que esa fue esencialmente la fuerza impulsora, la motivación que dieron los gobiernos. Fue el coraje y el incentivo para probar algo radicalmente nuevo después de

la Segunda Guerra Mundial”. Hall explicó que esa sensación de crisis con amplia resonancia política fue importante aquí, porque, sin ella, no hubiéramos podido esperar que los gobiernos democráticos rompieran radicalmente con la política de épocas pasadas.



Para este politólogo, las ideas también tienen mucho que decir en estos procesos de cambios. “Los formuladores de políticas también tienen que tener lo que llamo un medio. Me refiero a una justificación intelectual para implementar nuevas políticas. Aquí es donde las ideas entran en el análisis de manera notable en forma de teorías económicas. Si recordamos las décadas de 1940 y 1950, las ideas relativamente nuevas ganaron cada vez más vigencia después de la Segunda Guerra Mundial”. Y citó a John Maynard Keynes y a sus seguidores como los responsables de muchos de esos cambios. “Aunque pocos gobiernos implementaron realmente el tipo de políticas fiscales anticíclicas que Keynes propuso, aquellos que lo hicieron, en general, obtuvieron resultados mediocres. Sin embargo, las ideas más básicas que encontramos detrás de una especie de visión ‘keynesiana’ de la economía fueron muy influyentes. A saber, la idea básica de que las economías capitalistas son naturalmente inestables. No son tan estables como suponían las teorías económicas clásicas. En segundo lugar, la noción de que las economías nacionales podrían interpretarse en términos de algo que se llama demanda agregada y oferta agregada. Y luego, en tercer lugar, que los gobiernos tenían la responsabilidad

y también las capacidades para garantizar el pleno empleo". Para Hall, estas ideas fueron retomadas con algunas variaciones importantes en gran parte de las economías políticas occidentales. Y se refirió a Alemania como "el caso más excepcional" de ese modelo.

"Así que tenemos una motivación y tenemos unos medios, pero la motivación y los medios, en mi opinión, todavía no son suficientes para lograr transformaciones profundas. También tendría que haber lo que llamo un motor. Creo que ese motor reside en el ámbito de la política electoral, porque son los electorados a quienes los gobiernos democráticos tienen que responder en última instancia. Por supuesto que esos gobiernos escuchan a los asesores, están influenciados por grupos de empresas, pero todo ello está supeditado a las condiciones electorales. Es poco probable que los gobiernos democráticos tomen medidas radicales", explicó. En ese punto de su conferencia, Peter A. Hall se refirió a la agenda electoral y a los temas que marcan esos programas. "En las décadas de 1950 y 1960, en términos generales en Europa e incluso en América del Norte, la división política dominante era una división de clases sociales, una división de clases que enfrentaba a representantes de una clase obrera".

Para este experto en política comparada, el efecto de esta división llevó a impulsar lo que se conoció como justicia social, asociada a las quejas de la clase trabajadora a los estamentos superiores. "Eso significaba que cualquier partido, ya fuera de centro izquierda o de centro derecha, cualquier partido que buscara un cargo, tenía que abordar esos problemas de justicia social y atender las quejas de la clase trabajadora". Como resultado de ello, en las décadas de 1950 y 1960, Hall detecta que todos los partidos políticos se movieron hacia la izquierda en cuestiones económicas, aplicando estrategias más intervencionistas.

Así avanzó Hall hasta el segundo periodo o era que se propuso analizar en su conferencia. "El próximo gran movimiento en los regímenes de políticas económicas se produce en las décadas de 1980 y 1990, en la era de la liberalización, ampliamente familiar para todos nosotros. Los movimientos iniciales vienen en los Estados Unidos bajo Ronald Reagan y en el Reino Unido bajo Margaret Thatcher, pero el resto de Europa sigue su ejemplo. Los gobiernos de las economías políticas desarrolladas se retiran de la intervención estatal activista a favor de permitir que los mercados asignen una mayor parte de los recursos a través de la privatización y a través de la desregulación. Aumenta la competencia en múltiples mercados y se reducen la generosidad y la duración de los beneficios sociales. Y, por supuesto, finalmente introducen los requisitos laborales que convierten el bienestar en un trabajo justo". Reconoció Hall que, en gran parte de la Europa occidental, una parte significativa de estos avances se lograron, "se podría decir que, de forma sigilosa, con el Acta Única Europea de 1986 que, en mi opinión, convirtió a la Comisión Europea en un agente para la liberalización del mercado". "Entonces, ¿cómo vamos a explicar este nuevo cambio de la estrategia de crecimiento desde la era de la modernización a la era de la liberalización? Bueno, una vez más, creo que la motivación radica en los desarrollos económicos negativos adversos. Acontecimientos que dan lugar a una sensación generalizada de crisis y también a un víaje íntimamente ligado a los retos que emanen de la economía internacional".

Desempleo e inflación

Hall quiso referirse en ese momento a dos fenómenos familiares para cualquier economista en esos desarrollos cíclicos: los aumentos simultáneos en los niveles de desempleo y de inflación. Y recordó cómo en esos días estaba

teniendo que explicar a sus alumnos qué es realmente la inflación, “ya que ninguno de ellos la ha experimentado antes”. “Esta inflación en la década de 1970 fue seguida por tasas de crecimiento económico bastante más bajas, especialmente en Europa occidental. Y no necesito recordarles que creo que esto fue visto no solo como una crisis económica, sino también como una crisis política. Prácticamente todos los gobiernos a finales de la década de 1970 fueron derrotados en las elecciones posteriores”. Aunque no pudo profundizar demasiado en ese campo, en el de la política, Hall no quiso

“Los gobiernos que desean responder a los desafíos del cambio tecnológico confían demasiado en que, si educamos a más personas, los trabajos llegarán. Y no está sucediendo así”

olvidarse de otro fenómeno de este periodo: la eliminación de los controles de cambio en los años 80 y 90. “Se registraron flujos de capital mucho mayores a través de las fronteras internacionales. Y esos flujos, a su vez, forzaron nuevas estrategias en muchas empresas, que, a su vez, presionaron a los gobiernos para que establecieran nuevas políticas”, añadió. “En su mayor parte, las iniciativas de liberalización de las décadas de 1980 y 1990, en particular, no fueron muy populares. Incluso cuando algunas de esas iniciativas generaron beneficios a largo plazo, también conllevaron costos muy significativos a corto plazo. Impusieron la precariedad económica en determinadas situaciones, reduciendo los ingresos de un gran número de personas a medida que los mercados se volvían más competitivos y que también se volvían más importantes para la asignación de recursos”. Y lanzó una nueva pregunta: “Si estas iniciativas neoliberales no fueron tan populares, ¿por qué no fueron apartadas por la presión electoral? En particular, ¿por qué no fueron bloqueados

por los partidos socialdemócratas de centroizquierda, partidos que habían operado durante mucho tiempo en nombre de la defensa de la clase trabajadora?” Hall aportó esta respuesta: “Entre las décadas de 1960 y 1980, como creo que todos sabemos, las estructuras de las democracias occidentales cambiaron sustancialmente. En la década de 1980, la división de clases que había dominado la política electoral en las décadas de 1950 y 1960 ya no era tan aguda ni tan destacada para la competencia política. Y, por supuesto, eso se debió en parte a la prosperidad de la posguerra, a los cambios en la estructura ocupacional asociados con el movimiento de la manufactura, a que los servicios redujeron en gran medida las disparidades económicas entre las clases sociales”. En ese contexto, Hall habló también de una nueva división o brecha social marcada por diferentes valores. “Esta división cultural separó a las personas con diferentes actitudes, como la protección del medio ambiente, el fomento de la igualdad de género, la defensa de los derechos humanos, el apoyo a la inmigración... Entonces, en lugar de contar con un espacio electoral dominado por el eje económico y las divisiones de clase social, ahora tenemos -y aún tenemos- un espacio electoral mucho más fragmentado en el que los grupos sociales se distribuyen ampliamente a lo largo de dos ejes”.

Hall recordó cómo las cuestiones culturales vinculadas a igualdad de género, inmigración y resto de temas sociales han ganado en importancia para la estrategia y competencia entre partidos políticos. “Los partidos de centro izquierda comenzaron a buscar y atraer a más votantes de clase media sobre la base de sus posturas sobre estas cuestiones. En la década de 1990, muchos partidos socialdemócratas europeos obtenían más votos de la clase media que de la clase trabajadora. Y muchos de esos votantes de clase media se beneficiaron

de algunas de estas políticas liberales, porque tenían poder de mercado y por lo tanto podían prosperar en una economía en la que los mercados asumieron un mayor papel en la asignación de recursos". Como resultado, a juicio de Hall, a partir de ahí los partidos de centroizquierda ya no operaron realmente como partidos de defensa de la clase trabajadora. Y el resultado en las décadas de 1980 y 1990 fue que los partidos de la corriente principal convergen a la derecha en temas económicos.

"Aunque convergieron hacia la izquierda durante las décadas de 1950 y 1960, el resultado final fue que los sistemas electorales occidentales proporcionaron lo que yo describiría como un entorno permisivo en el que los gobiernos podían superar la presión de los intereses comerciales para la liberalización social y económica". Para Hall, el motor de la reforma neoliberal vino de fuera de la arena electoral, si bien los resultados en las urnas fueron fundamentales para hacer posible que los gobiernos democráticos se movieran en direcciones neoliberales.

Con esas deliberaciones, Hall llegó a la tercera era en la historia de las economías políticas desarrolladas. La definió como una era en la que el crecimiento estaba basado en el conocimiento. "Hemos estado viviendo una nueva revolución tecnológica basada en la tecnología de la información y las comunicaciones, la inteligencia artificial, la biotecnología... En esta nueva era, el éxito de una economía nacional depende cada vez más de cómo sean capaces sus empresas de aprovechar esta nueva tecnología". Destacó que algunas de estas tecnologías tienen su origen en la década de 1970, pero que en realidad el verdadero motor, Internet, explotó a finales de la década de 1990, justo al comienzo del nuevo siglo. "Los gobiernos están brindando nuevos incentivos para gastar en investigación y desarrollo, están tratando de desarrollar nuevas fuentes de capital de ries-

go y, lo que es más importante, probablemente están aumentando el número de estudiantes en estas materias con la esperanza de ponerse al día con este cambio tecnológico". Reconoció Hall que, en muchos casos, estos pasos han sido graduales y todavía no cree que representen una ruptura importante con los regímenes políticos de la era de la liberalización. No obstante, en los últimos cinco años, atisba "movimientos que pueden indicar otro cambio importante en las estrategias de crecimiento de las democracias desarrolladas".

"Lo describiría como una vuelta a una intervención estatal más assertiva, a políticas sociales más generosas. Existe una creciente preocupación gubernamental por cuestiones de desigualdad. Lo vemos por ejemplo en el actual gobierno británico, interesado en reducir las disparidades económicas entre regiones. Se pudo ver en la última campaña electoral japonesa, en la que el nuevo gobierno dio gran protagonismo a la lucha contra los problemas de desigualdad económica. Y creo que podemos verlo en la voluntad sin precedentes de la Unión Europea de emitir bonos para financiar nuevos e importantes programas de inversión que ahora están en marcha". El propósito de estas acciones, para Hall, pasan por transformar las economías europeas en "economías sostenibles de alta tecnología".

Reconoció también que algunas de estas estrategias se encuentran en fase embrionaria auspiciadas por un sentimiento de crisis, de que las políticas anteriores han fallado. Y, como telón de fondo, también ese sentimiento creciente de que el mundo se enfrenta a una grave crisis climática. "En mi opinión, estos desarrollos equivalen al desempleo masivo de la década de 1930 y a la inflación de la década de 1970, cada uno de los cuales proporcionó una sensación de crisis que motivó cambios en la estrategia de crecimiento. Hay economistas que han comenzado a asociar niveles más altos

de desigualdad de ingresos con niveles más bajos de crecimiento. Y volvió a preguntarse por dónde podemos encontrar un motor para este cambio hacia una nueva estrategia de cre-

“El capitalismo es un sistema económico que se basa en la desigualdad, mientras que la democracia es un sistema dedicado a los principios de igualdad”

cimiento. Se refirió entonces a la entrada en acción de partidos verdes y a los populismos de extrema izquierda y extrema derecha.

“¿Podemos predecir con confianza que las estrategias de crecimiento de las democracias desarrolladas están al borde de otro cambio importante?” No se mostró muy seguro porque los marcos intelectuales todavía no son realmente los adecuados y porque los gobiernos parecen confiar demasiado en la idea de que si aumenta el número de jóvenes en educación universitaria surgirán buenos trabajos para esos graduados, cosa que admitió no está ocurriendo. “Los gobiernos que desean responder a los desafíos del cambio tecnológico confían demasiado en que, si educamos a más personas, los trabajos llegarán”. Añadió Hall que quizás a largo plazo eso podría ser cierto, aunque tiró de ironía para citar a Keynes con su famosa frase: “A largo plazo, todos estaremos muertos”. Insistió así en que tenemos que vivir a corto plazo y que las teorías económicas contemporáneas aportan pocas soluciones a muchas personas que no van a tener altos niveles de habilidades. Y lanzó un nuevo interrogante: ¿Cómo serán los trabajos para los muchos millones de personas que no necesariamente tienen altos niveles de habilidades en estas tecnologías? “Existe el peligro de que los gobiernos descubran cómo hacer algo más que enviar a estos trabajadores a lo que Marx llamó el basurero de la historia. Creo que esa es

la primera razón por la que no podemos estar completamente seguros de que nos estamos moviendo hacia un nuevo conjunto de estrategias de crecimiento”. Y habló de otra paradoja:

“Por un lado, creo que hay un creciente apoyo a los partidos de la derecha radical y la izquierda radical, que han llevado los temas que exigen una intervención gubernamental más asertiva a la cima de la agenda política. Por otro lado, el creciente apoyo a estos partidos ha fragmentado los sistemas de partidos de muchos países. Y eso, a su vez, hace que sea mucho más difícil para los países reunir coaliciones gobernantes, coaliciones con capacidades para enfrentar los desafíos económicos que enfrentan hoy”.

Un matrimonio “relativamente duradero, aunque difícil”

Reflexión a reflexión, el conferenciante llegó al título de la conferencia, a esa relación entre capitalismo y democracia, un matrimonio que considera “relativamente duradero, aunque difícil”. “Después de todo, el capitalismo es un sistema económico que se basa en la desigualdad, mientras que la democracia es un sistema político dedicado a los principios de igualdad. Y así, durante 200 años, los académicos han estado debatiendo cuál de los dos sistemas domina al otro. Las economías capitalistas están invariablemente dirigidas por intereses comerciales”.

Aunque admitió no disponer de tiempo para desgranar esos debates, sí recordó a Karl Marx, cuando decía que “el capitalismo siempre domina la democracia”. En contraposición, otros colegas economistas reman en la posición contraria y argumentan que la democracia generalmente domina al capitalismo. Quiso concluir Hall hablando de dos aspectos que marcan esa relación: “Creo que necesitamos cambiar los

términos del debate. La mayoría de los debates sobre la relación entre capitalismo y democracia se centran en las instituciones básicas de los dos sistemas. Por lo tanto, se asume que los dos sistemas son relativamente inmutables o que lo importante de los dos sistemas es relativamente invariable en el tiempo. Pero, por supuesto, el argumento que acabo de presentar identifica cambios importantes en el funcionamiento de las economías capitalistas a lo largo de tres eras: modernización, liberalización, conocimiento. También he sugerido que el funcionamiento de la democracia electoral ha cambiado significativamente a lo largo de estas ocho décadas a medida que nuevas divisiones han reemplazado los sistemas más antiguos, han surgido nuevos partidos políticos...”.

A lo anterior añadió Hall que, si el capitalismo y la democracia cambian sustancialmente con el tiempo, los equilibrios entre ellos también podrían cambiar. “No podemos tratarlos como sistemas inmutables. No podemos concentrarnos solo en las instituciones centrales que definen cada sistema. Cuando en la era de la modernización los partidos políticos tanto de centro izquierda como de centro derecha cambiaron para dar prioridad a los problemas distributivos, no dudaron en involucrarse en una intervención estatal assertiva. Lo hicieron a pesar de la oposición de intereses comerciales y en nombre de un público más amplio. Por el contrario, durante la era posterior de liberalización, cuando la división de clases había disminuido y se produjo esa fuerte división cultural, los partidos de centro izquierda ya no tenían fuertes incentivos para operar como partidos de defensa de la clase trabajadora. Y así, la influencia se desplazó hacia grupos de productores, donde los trabajadores y las empresas compiten por la influencia y donde las empresas casi siempre tienen más influencia que los trabajadores. Entonces, si la democracia dominó el capitalismo durante las décadas de 1950 y 1960, durante la era de moderniza-

ción, las fuerzas capitalistas adquirieron más influencia sobre las políticas y sobre la dirección de la economía en relación con las fuerzas democráticas”.

Concluyó Peter A. Hall aseverando que “la creciente prominencia de esta nueva división entre los ganadores y los perdedores de esta fase de economía basada en el conocimiento puede llevar a los gobiernos a tomar medidas más energéticas incluso frente a la oposición de las empresas”. Admitió que son “temas complicados” y que “se podría decir mucho más sobre ellos”, pero que ya había hablado suficiente. Y remitió a la audiencia a consultar la extensa bibliografía al respecto que puede encontrar en su sitio web de la Universidad de Harvard. “Creo que no hay duda de que estaremos debatiendo estos temas durante algunos años más”.

José María Beneyto agradeció a Hall sus aportaciones y le preguntó por cómo cree que esta nueva tendencia hacia el capitalismo con una mayor preocupación sobre la sostenibilidad puede denotar un cambio en los valores. Aunque reconoció no contar con una bola de cristal para ver el futuro, Hall sí admitió que “si observamos la dinámica actual, no solo vemos que las políticas gubernamentales están comenzando a cambiar, sino que también vemos que las estrategias de las empresas están dando pasos en esa dirección”. “Muchas empresas están cada vez más preocupadas por cuán sostenibles son sus prácticas desde el punto de vista del cambio climático. En las economías capitalistas, realmente los gobiernos responden a las inquietudes de sus electorados y las empresas, por su lado, responden a los cambios en los mercados, a la sensibilidad de los consumidores. Creo que estamos viendo a ambos lados que no podemos ignorar el cambio climático y que tenemos que pensar más y hacer más para reducir las desigualdades que han aumentado tan dramáticamente en los últimos 30 años”.